

EL RETORNO DE BOLÍVAR*

Mario Briceño-Iragorry

El caballo de Ledesma (1942)

Alonso Andrea de Ledesma que, caballero en el cansado corcel de la conquista y con la sola ayuda de la lanza enmohecida y de la rodela que su brazo ya no puede sostener, sale en defensa de la ciudad contra el pirata que la asalta, se yergue entre lo más antiguos héroes que han regado su sangre por mantener la integridad del suelo nacional; y cuando el concepto de la patria total sustituya la fragmentaria noción que de ella nos presentan las historias populares, en el monumento que perpetúe la memoria de sus fundadores, un nítido bajorrelieve habrá de mantener vivo el recuerdo de este héroe solitario. Tal escribíamos por 1933 al estudiar la formación de las capas sociales de la Colonia. En Ledesma vimos la expresión del esfuerzo afirmativo de la patria nueva que echaban a andar en estas tierras anchas del Nuevo Mundo los aventureros españoles. Patria nueva, cuyo espíritu arrancaba de la Península para crecer independiente. Patria que fundiría, para la formación de la nueva nacionalidad, el alma arisca del aborígen y el alma sufrida del negro llegado a nuestras playas con el grillete al pie y la protesta en el fondo de la callada conciencia, con el alma histórica del peninsular, altanero y dominador. De ahí nuestra tragedia formativa: un pueblo con cultura propia sumado a tribus sin sedimentación histórica y a masas de hombres arrancados, como bestias salvajes, de su lejano marco geográfico. Más, luchando contra los prejuicios y guiado de no desmentido

sentimiento igualitario, el ibero preparó este caos de América, donde vuelve a correr, unificada para una nueva génesis del mundo, la sangre que fue una en las venas de Adán. La sangre de la Humanidad. La sangre del hombre vencedor de las razas. Porque América es el continente llamado a desvirtuar aquel decir de Goethe, según el cual la Humanidad es un concepto vano y el mundo sólo una reunión de hombres. Porque América es el continente donde se salvará el espíritu.

Y nosotros fuimos la voz de América. Un destino oculto preparó en esta colonia sobre la gestación de los más grandes americanos de los siglos XVIII y XIX; Miranda, Bolívar y Bello. Circunstancias de defensa hicieron que en Venezuela hubiese una organización militar superior a la existente en las otras porciones del imperio ultramarino de España. Y por eso desde aquí se habló más alto y desde aquí se dirigieron las líneas fundamentales de la revolución. Fuimos la voz de América. Hacia Caracas, como hacia una nueva Jerusalén, volvieron las miradas y los oídos los pueblos del hemisferio colombino. Aquí se gestó el gran choque de los tiempos. El pasado de la colonia frente al porvenir de la república. Aquí se escuchó por vez primera el verbo creador de Bolívar. Mas el valle de Caracas era muy poca cosa para aquella voz de fuego. Y se marchó lejos, a medirla con el Tequendama y con el rugido de los volcanes ecuatorianos y con el silbido de los vientos del altiplano andino.

Bolívar se fue, y la colonia, que había reaparecido desde el año 14 hasta el 21, la colonia que había llorado la muerte de Boves y que en *La Guía* celebró a Morillo y con Moxó levantó empréstitos para ahogar la revolución, reaparece con nuevos vestidos para rodear a Paéz. El centauro invencible en la llanura ya tiene quien lo dome. En torno suyo, como círculo de hierro llamado a perpetuarse en nuestra vida política, se reúnen los hombres *honrados* que apenas se habían atrevido a ver desde las puertas entreabiertas la marcha de la revolución. Son los hombres del absolutismo fernandino, con las lenguas curtidas de calificar de locos e impostores a los padres de la patria. Y Caracas, la cuna de la libertad, se torna abiertamente en centro contrarrevolucionario. Desde su ciudad natal se empieza a atacar al héroe, en quien se polariza el odio de los que añoran, con sincero afecto y despechados, las juras de Fernando VII. El año 27 Bolívar torna a su solar nativo. Pero ya está sembrada y frutecida la discordia, y es él quien ha de quebrar los principios para buscar en balde el equilibrio de Colombia. No es comprendido en sus propósitos y afanes, y, cuando regresa a Bogotá, donde ahora se guardan los penates de la revolución, ha de encarar con una manera contraria de enemigos. Se le niega en su propio amor a la libertad.

Se le calumnia en sus propósitos de salvar la recia unidad política que fue el más grande de sus sueños de creador. Y mientras allá las furias desencadenadas afilan lo puñales parricidas, de acá se le echa como a proscrito de un gran crimen. Es la tragedia del héroe. Es el momento culminante de su gloria. Muere, y su espíritu queda fuera de la patria. Sus ideales desplacen a los directores de la política. Hombres cómodos y rencorosos que no pedonan los sinsabores que le había ocasionado aquella lucha feroz alimentada por Bolívar y, menos aún, las pérdidas sufridas en sus bienes materiales. Hombres dispuestos a retener el poder a todo evento y a quienes sólo calzan bien las ideas que el Libertador expresó como antídoto de la demagogia,

cuando imaginó que ésta pudiera hacer presa de Colombia la grande. La triaca amarga que Bolívar indicaba como medio transitorio para curar el mal de la anarquía se quiso ver como el corazón permanente de su filosofía política. Y el hombre de la libertad fue tomado por tutor de tiranos. ¡Y el nombre de quien libertó pueblos se usó como escudo por aquellos que negaron los derechos del pueblo!

Después de cien largos años de exilio, Bolívar reclama su puesto en nuestra patria. No un puesto en el panteón, como difundo venerable; ni sitio en el museo para sus armas e indumento; ni cuadros entallados para su figura inquietante. Ni discursos vanos con que se procura engañar al pueblo y lucir arreos de patriotismo. Tampoco quiere la heroicidad de las estatuas. Pide su sitio en la vida cotidiana. Pide campo donde crezcan sus ideas. Pide horizonte para sus pensamientos deslimitados. Quiere una conciencia fresca en la gente moza. Aspira a que los hombres nuevos sean capaces, como lo fue él, por sobre todo y sobre todos, de volar la pierna al viejo caballo de Ledesma cuando se anuncie la hora de los peligros. Quiere hombres sin miedo a la verdad. Quiere en las nuevas promociones un sentido de inteligencia social que haga posible la realización de sus ideas de libertad y de dignidad humana.

Cuando Alonso Andrea de Ledesma sacrificó su vida en aras de la patria nueva creó la caballería de la libertad, cuyo máximo representante habría de ser Simón Bolívar. Por eso, en estas horas difíciles de la patria, hemos invocado como símbolo de creación el caballo del viejo extremeño. El caballo que conoce los caminos por donde se va a la misma dignidad de la muerte. Ledesma representa todo el sentido de la patria recién formada. De la patria que empezaba a caminar. De la patria urgida de voluntades que le sirvan sin pensar en la vecina recompensa. Y representa, sobre todo, al hombre sin miedo. Al hombre que se abre camino sin rendir homenaje a la prudencia. Al hombre que sabe romper las consignas culpables del

silencio. Al hombre que no teme la soledad de sí mismo. Al hombre que por sí solo es un tratado de agonística.

Sobre el caballo de Ledesma, por cuyas venas corre sangre de *Pegaso*, de *Lampo*, de *Rocinante* y de *Babieca*, se han ganado las grandes jornadas de los pueblos. No sólo tiene mérito el caballo capaz de la victoria entre el ruido de las metralas, pero también el caballo pausero, a cuyo lomo manso viajan los filósofos. Es el de Ledesma caballo baquiano de los caminos que conducen a la verdad, a la justicia y al desinterés. Tres virtudes que no han hallado verbo que las vuelva a conjugar en nuestra patria.

Honores de mármol pide de la gratitud municipal el viejo iluminado que intentó con su muerte defender a la ciudad de las huestes del pirata. Es el mayor de los optimates que ilustran los anales de Caracas. ¡Y bien que lucirían, a la mera entrada de la urbe, corcel y caballero, como binomio de dignidad y valentía! Mas, sobre el mérito de esta consagración definitiva en la vida del pueblo, el caballo de Ledesma pide con urgencia caballeros que lo monten. Pide nuevas manos que guíen las bridas baldías. Pide hombres con fe en lo valores del espíritu a quienes conducir, luciendo sus mejores caballerías, hacia los senderos por donde pueda regresar Bolívar vivo. ¡Bolívar vivo, portador en la diestra de antorcha con que despabilen nuestro sueño y nuestra inercia!...

Caracas, febrero-noviembre de 1942

*Mario Briceño-Iragorry (1988). Mensaje sin destino y otros ensayos. Biblioteca Ayacucho. Volumen CXXVI. Caracas. P.p. 23-26..